

Bogotá Jun 20 (21) 70 Set 1850

se sirven de palabras ofensivas, contumeliosas, &c. Lo que conviene i deben hacer, es llamar a los distraídos, hacer venir a los descarriados, i ponerlos en las sendas de la virtud, obligándoles a seguirlas con razones graves i convincentes... El fin del doctor sagrado, añade mas adelante, no es ofender en sus palabras a los oyentes, abachornarlos, ni conturbar sus almas, sino enmendar su vida i costumbres. No se deje, pues; arrebatar del zelo, de suerte que llegue a presumir que no está obligado a las leyes comunes de la caridad, o que se le permite por algun fuero, ofender el honor de los que reprehende en público. Cometeria sin duda una culpa gravísima quien a las claras declamare contra delitos particulares; quien descubriere con algunas señas o notas como con el dedo a los que reprehende; i quien en tales ocasiones se olvidare del respeto i reverencia que debe a la condicion, dignidad, i méritos de otras. Con mucha mas razen se dice lo mismo respecto de los Prelados, Jueces o Magistrados de cualquiera modo que sean. Nunca se les debe reprehender en público, ni aun indirectamente; porque seria menoscabar su autoridad, que se ha de conservar siempre íntera."

He hablado aqui con las palabras de este escritor, no solo por su crédito, sino tambien porque encerrándose en ellas lo mas necesario sobre el objeto de esta circular, podía compendiosamente decir lo suficiente para recordar las reglas, i los deberes que de ellas nacen para los predicadores. Porque al hablar a los Sacerdotes depositarios de la ciencia del Señor, no hai necesidad de entrar en instrucciones: basta indicar las reglas, los deberes, excitando así a cada uno a meditar; i formarse un plan practico, segun las circunstancias, de manera que ni por exceso de bondad, flaquee en el zelo por la causa de Dios para promover su gloria, combatiendo los errores, condenando los escándalos i reprehendiendo los vicios, ni por un zelo, que no sea segun la ciencia, irrite la flaga en vez de curarla. Nada nos puede inspirar mejor ese justo temperamento entre el rigor i la blandura, entre el zelo aspero i el que es nacido de caridad, que el ejemplo de N. Señor Jesucristo. Meditemos su Santo Evangelio, i allí aprenderemos de él, a inflamarnos por el zelo de la casa de su Padre, cuando echó a los profanadores del templo; a recibir al pecador en el perdón de la Magdalena, en su coloquio con la Samaritana; a condenar los errores en sus reprehensiones a los escribas i doctores de la lei; a reprender i encaminar al pecador en sus amenazas a Corozain i Bethsaida. Este es el ejemplo culminante que la Iglesia nos presenta; i para seguirlo tengamos presente que el mismo Jesucristo nuestro Señor nos dejó escritas aquellas admirables palabras que realzan su divinidad, mandandonos *aprender de él a ser mansos i humildes de corazón.*

La esperiencia enseña todos los dias, i de ello tengo pruebas notables en el año de 1839, que se exajeran las palabras de los predicadores, i aun se desfiguraban sus conceptos muchas veces, por mil motivos que no hai para que citar. Pero como es inseparable de la humanidad el fallar, i a veces sucede que la indiscrecion cause deslices en la palabra, aunque la intencion sea sana; si en efecto hubiese habido algun exceso en el ministerio de la palabra divina, estoy persuadido que la intencion no ha sido viciada, i por lo mismo basta esta breve admonicion para que cada uno se aperceba no solo de la sanidad i delicadeza del ministerio, sino tambien que no faltan hombres que van a los templos a ver si pueden sorprender al predicador en lo que hable, como los fariseos lo hacian con Jesucristo nuestro Señor.

Del crédito i buen espíritu de ambos cleros de la Arquidiócesis, no pueda dejar de esperar confiadamente que darán prueba de prudencia, sin fallar por eso al zelo con que deben *irrigilar, trabajando en todas las cosas, haciendo la obra de Evanje-*

lista, para llenar su ministerio, como lo manda el Apóstol. De este modo cooperaremos todos, como es debido, a la conservacion del orden público, a la paz, a la obediencia a las autoridades; para que la sociedad sea de ciudadanos verdaderamente cristianos, que en el ejercicio de la piedad, que aprovecha para todo, no solo encuentren las promesas de la vida futura, sino las de la presente.

Dios guarde a U.

MANGEL JOSÉ ARZOBISPO DE BOGOTÁ.

VARIETADES.

Importancia de la educacion en el siglo 19.

F952

IX.

EL PROFESOR.

Jamás se habia notado mayor prodigio de grandes palabras i de fórmulas pomposas como en el tiempo presente, tan fecundo en contradicciones, i en que los vocablos corresponden tan mal a las acciones: no se habla sino de enormidades, de jénios no comprendidos, de progreso social, i el entusiasmo del lenguaje está siempre al grado de ebullición. Todos quieren manifestarse en el teatro, mostrarse en su dignidad, i establecerse reformadores o Mesias. Así es que muchas personas, sin comprender absolutamente la porcion mas importante de los deberes que el profesorado encierra, lo han proclamado una magistratura, una paternidad, un sacerdocio, una tribuna riva de la sociedad, agregando que es el Estado docente, la soberanía nacional que da sus oráculos por la boca del mas humilde maestro de escuela.

Aunque sea necesario evitar toda exajeracion, sin embargo, si se examinan las cosas a la luz de la filosofia cristiana, se reconocerá fácilmente que en realidad es un sacerdocio el profesorado en razon de los objetos que abraza, de los resultados que lleva consigo i de la consagracion que supone.

Iluminar, formar i desenvolver la inteligencia por la esposicion de la verdad; hacer a los jóvenes participantes de las luces mas útiles de la ciencia i de la civilizacion, madurar su juicio, perfeccionar su gusto, enseñarles a conocer i poner en uso los instrumentos del pensamiento para penetrar con buen éxito en la esfera de los conocimientos humanos; tal es en parte, lo que debe proponerse cualquiera que intenta ejercer las nobles funciones del profesorado. Mas la enseñanza está ligada esencialmente a la educacion; la instruccion no debe darse sino para trabajar en la mejora del corazón humano, para engrandecerlo i elevarlo por el espectáculo de las obras del jenio: las ciencias i las bellas artes hijas del cielo, astros del mundo moral, mejor todavía que el sol i las estrellas que sin embargo, nos hablan con toda magnificencia del Arquitecto Supremo, deben conducir los jóvenes al pensamiento del Criador, aumentar en ellos el amor de su nombre, el reconocimiento a sus inmensos beneficios, i encender en su alma eléctrica la emulacion del bien i el entusiasmo de lo bello.

La misma antigüedad profana comprendió de esta manera los deberes de los profesores i la alianza necesaria de las lecciones de la ciencia i de las de la moral; así lo declaró por el órgano de los Platones, de los Aristóteles, de los Quintilianos, manifestando que la primera obligacion de los legisladores, de los ministros i magistrados, es velar que se formen en las escuelas públicas, las costumbres de los jóvenes, i se les inspire el amor a la virtud. Agradable es ver las graves expresiones de que usó el autor de las *Instituciones oratorias* al recomendar a los padres de familia que escojan un buen preceptor para sus hijos, supuesto que de nada menos se trata, que de hallar un hombre consumado en virtudes, de costumbres las mas severas

mas dignas, cuyo solo recuerdo pueda, durante la gran batalla de la vida, sostener como ejida poderosa, a los jóvenes distantes de sus paternos amanes i privado del espectáculo de sus buenos tiempos.

Aquel juicioso retórico habia adoptado la máxima de educacion tan importante, que establece: que siendo en el niño mucho mas decidida la inclinacion al mal, que la tendencia al bien, el maestro que desea conseguir un discípulo irreprochable, debe tener doble virtud de la que quiera inspirarle: declara igualmente en otro capitulo, que *si las escuelas públicas ofrecen algun peligro para las voluntades, es necesario retirar cuanto antes, los niños de tales establecimientos, por mas brillantes que sean los conocimientos que en ellos puedan adquirir.*—Después de referir el testimonio de este autor i de muchos otros escritores paganos, un institutor sabio i venerable ha trazado las líneas siguientes tan dignas de ser meditadas por cualquiera que estudie el grande arte de la educacion. «Los buenos maestros hacen poca estimacion de las ciencias cuando estas no conducen a la virtud: no hacen caso alguno de la mas vasta erudicion, si no está acompañada de probidad; prefieren el hombre honrado al sabio; i al tiempo de instruir a los jóvenes en lo que tiene de mas bello la antigüedad, piensan menos en hacerlos hábiles que virtuosos.»—Si los autores paganos cuyos juicios ha recojido con tanto cuidado el escritor que acabo de citar, consideraron bajo tan alto punto de vista los deberes del profesorado; si entre los antiguos, algunos hombres consumados en la ciencia o elevados a las primeras magistraturas, si los Aristóteles i los Catones han aumentado el brillo de su nombre descendiendo a las humildes funciones de institutores, ¡cuán graves i mas santas no se han hecho estas mismas funciones, desde que el cristianismo derramando el tesoro de sus claridades, vino a revelar a los hombres el secreto de su naturaleza, la dignidad de su alma i la perspectiva de sus magníficos destinos! Se trata de formar, mas que ciudadanos; se trata de formar elegidos dignos de ser moradores del cielo, patria de todas las glorias verdaderas i de todas las virtudes: no tanto buenos hijos i hombres de integridad, como santos i *émulos de Dios*, para hablar con las palabras del apóstol: *Estote imitatores Dei.*—I no se crea que es demasiado mística esta consideracion, demasiado elevada; i que asimilo yo excesivamente el sacerdocio del profesor, al sacerdocio del ministro de los altares: véase lo que sobre este punto ha escrito el mas digno Rector de la Universidad, aquel hombre tan profundamente penetrado de la importancia i excelencia de las obligaciones del profesorado, a quien M. Villemain apellida tan felizmente el *Santo de la Universidad*, Rollin, finalmente, cuyas palabras he citado ya.

«¿Qué cosa es un profesor cristiano encargado de la educacion de la juventud? Es un hombre a cuyas manos ha confiado Jesucristo algunos niños que rescató con su sangre; i por quienes dió su vida; en quien habita como en su casa i su templo; a quienes mira como miembros suyos, hermanos i coherederos, de los cuales quiere hacer otros tantos reyes i sacerdotes que reinarán i servirán a Dios, con él i por toda la eternidad? ¿I para qué se los ha confiado? ¿Será precisamente para hacerlos poetas, oradores, filósofos, sabios? ¿Quién se atreveria a decirlo, ni aun a imaginarlo? Se los confia para conservar en sus corazones el precioso e inestimable depósito de la inocencia que imprimió en sus almas por el bautismo, para hacer de ellos verdaderos cristianos: tal es el fin i objeto de la educacion de los niños; *las demás cosas son apéndice, medios.*—¿Cuánta excelencia i nobleza no añade a todas las funciones de los maestros tan honrosa comision!.... Pero ¿qué cuidados, atencion i vigilancia, i sobre todo, qué dependencia de Jesucristo, no exige!... En esta última cualidad consiste todo

«el mérito, i al mismo tiempo todo el consuelo de los institutores, a quienes es necesario para dirigir a los niños, un gran fondo de capacidad, de prudencia, de paciencia, de dulzura, de firmeza i de autoridad. Muy consolatorio es para un maestro, estar persuadido intimamente que solo Jesucristo concede estas cualidades cuando se solicitan por medio de una oracion humilde i perseverante: dulce le es poder decir con los profetas: «Vos sois, Señor, mi paciencia i mi fuerza, mi luz i mi consejo; *Sois vos quien ha sujetado a mi direccion el pequeño pueblo que habéis confiado a mis cuidados: no me abandonéis a mi mismo ni por un solo instante; para saber conducir a los demás i para mi propia salvacion concededme el espíritu de sabiduria i de intelijencia, de consejo i de fortaleza, de ciencia i de piedad, i muy principalmente el de temor de Dios.*»

«Cuando un maestro ha recibido este don, no tiene ya mas que pedir: con él recibe un director interior que le dicta i le enseña todo; que le pone delante a cada momento, sus deberes i le facilita su cumplimiento: señal inequívoca de haberlo recibido es, si se siente un celo fervoroso por la santificacion de los niños, un tierno interes en sus peccados, sensibilidad en vista de sus faltas: si se reflexiona frecuentemente sobre el precio de la inocencia que recibieron en el bautismo; lo difícil que es recuperarla una vez perdida; la cuenta que nos pedirá Jesucristo, que nos ha colocado como «vigilante centinela para custodiarlo, si durante nuestro sueño, ha arrebatado el enemigo, tan precioso tesoro.

«Un escrupuloso institutor debe aplicarse las palabras que Dios hacia resonar continuamente en los oídos de Moisés, el conductor de su pueblo: *Llévalos en tu seno, como la nodriza suele llevar a su pequeño hijo. Porta eos in seno tuo, sicut parvularum sole nutrix infantulum.*—Debe sentir algo de la ternura e inquietud de San Pablo respecto de los Galatas, por los cuales sentia los dolores «del parto, hasta que se hubiesen formado en ellos a Jesucristo; *Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Christus in vobis.*»

«I es de esta manera que comprenden su ministerio todos los profesores, i que el gran maestro de la Universidad tiene cuidado de recordaries con frecuencia, i de hacerles gustar estas importantes i tiernas lecciones de educacion?... ¡Rollin, Rollin!... ¿En dónde estás?....

Como quiera que sea, segun el concepto del religioso escritor cuyo testimonio antecede, la virtud es la primera ciencia que deben enseñar los profesores; i para hacerla practicar con amor, por medio de insinuaciones paternas, uno de sus mas esenciales deberes es aplicarse sin descanso a poner sus voces en armonía con la conciencia de sus educandos i con sus ánjeles custodios: así, como lo he dicho ya, el profesorado es un verdadero sacerdocio por la sublimidad de su fin, i lo es igualmente por la estension de los sacrificios i de la consagracion que supone.

Si es difícil la victoria de las inclinaciones malas i la sujecion de las pasiones para dominar el corazon i hacerle noblemente independiente, i vasallo de Dios solo; si para gozar de esta gloria es preciso estar siempre alerta, vijilando siempre, combatir, i *combatir hasta derramar la sangre*, como se expresa S. Pablo; ¡cuánta dificultad no hai, bajo innumerables respectos, en vencer el corazon humano en los demás, i particularmente en una multitud de jóvenes que tan fácilmente ceden a las influencias de la corrupcion orijinal, i que van al colejio con el acompañamiento de los vicios, preocupaciones i errores de su siglo i de su familia!... «Nada hai tan arrogante e indomable, como el corazon humano,» ha dicho Bossuet; pero este corazon humano es mas indócil i arrogante en el joven, i principalmente en el joven del siglo XIX i no puede domar-

sele ni hacerle plegar insensiblemente al yugo de la virtud, sino por medio de una consagración constante. ¿Quién podría explicar, si no lo ha experimentado por sí mismo, a cuán penosos i continuos cuidados es menester entregarse, en cuan humildes i minuciosos pormenores es necesario entrar, qué sinsabores i molestias está condenado a devorar cualquiera que, decidiéndose a llenar escrupulosamente el encargo de profesor, intenta, sea como fuere, formar en el conjunto de todos los buenos hábitos cristianos, una multitud de niños inconstantes e inclinados a la maldad desde el seno de sus madres! ¡Oh jóvenes, objeto de tantos sacrificios! ¡Cuán escasamente conocéis las penas, las privaciones, las alarmas i las punzantes angustias de que se compone la vida de un buen maestro consagrado al servicio de vuestras almas!.... Si sospechaseis siquiera el continuo i heroico desasimiento de sí mismo que está obligado a imponerse para sufrir con dulce paciencia, vuestras lijerezas, vuestras inconstancias i los impetuosos arranques de vuestras nacientes pasiones; como tambien para efectuar en vuestras almas el cambio insensible i venturoso de tantas perversas inclinaciones, de tantos instintos despreciables, en los maravillosos atributos del hombre regenerado por Jesucristo! ah! vosotros no tendríais necesidad de ser reyes para decir en medio de la efusión de vuestro reconocimiento, una palabra análoga a la que profirió Alejandro cuando al hablar de su preceptor Aristóteles, declaró que le miraba como segundo padre; porque si debia la vida a Filipo, Aristóteles le habia enseñado a bien vivir.

Así el precio que corona tan costosos sacrificios es la herencia de la virtud, asegurada al joven educando, los elementos de la verdadera vida puestos en sus manos; de manera que es imposible espresar todo el bien que hace al discípulo un maestro verdaderamente consagrado a sus deberes. ¡Quién no recuerda aquel bello pasaje del libro 19 del Telémaco, en que Fenelon, guiado ménos por su jénero que por su excelente alma, al referir la entrevista del majestuosa Arcesio con el joven hijo de Ulises, se detiene en describir con sin igual embellezo el efecto feliz que produjeron en Telémaco las maravillosas palabras del ilustre i venerable habitante de los campos Eliseos: «Mientras que Arcesio hablaba, sus palabras penetraban hasta lo más profundo del corazón de Telémaco, i se grababan en él como un bronce en el bronce un obrero inteligente las figuras que desea hacer pasar a la posteridad mas remota: «esas palabras de sabiduría eran como una especie de llama sutil que se insinuaba en las entrañas «del joven Telémaco dejándole conmovido i abrasado, «i cierto no sé qué divino parecia liquidar su corazón «en lo interior de su pecho.»

De este modo las palabras de virtud que un maestro sabio i prudente cuida de mezclar con inteligencia i a cada instante a sus lecciones, conforme al precepto de Quintiliano, penetran hasta lo más recóndito del alma de los educandos, i depositan allí un jémen de vida moral que se irá desarrollando vigorosa i sucesivamente; i como saben que su profesor los ama con amor sincero, i que ansia por hacerlos sabios i felices, por cuantos medios están a su disposición; como leen en todos los actos de su vida, consagrada toda a los intereses de la juventud que está a su cargo, la espresion de sus afectos, le rodean de aquella respetuosa amistad, de aquella elevada consideración que asegura definitivamente el más poderoso imperio sobre sus corazones: el de un padre para con sus hijos.

Mas, los niños aprenden ménos por lo que oyen que por lo que ven: así la vida ejemplar del profesor de que hablamos, llena enteramente de obras de caridad i de fé, es como una inmensa hoguera siempre ardiendo, i que inflama aun más que todas sus palabras en el amor del bien las almas juveniles que se le han confiado; i no solamente es su mentor,

sino tambien su ángel custodio, ocupado incesantemente en procurar su dicha. Cuando su cuerpo se rinde bajo el peso de las vigiliias i el trabajo, su celo no duerme, sus oraciones suben al cielo, i hacen bajar de él aquel rocío bienhechor destinado a fecundizar i llevar a perfecta madurez esas plantas nuevas que cultiva con tan grande amor.

¡Cuántas dificultades no se allanarían, cuántas almas rústicas i salvajes, cuántos naturales indomables no cederían bajo esta mano jenerosa i bendecida de Dios!.... No: ni un solo grado de perfección hai, a que no puedan elevarse aquellos educandos que pudieran decirse unos a otros, al hablar del que los dirije: *nuestro preceptor es un santo*. Vos habeis realizado este tipo del perfecto profesor: vos ilustre Juan Francisco de Regis, que con la viveza de vuestra fé, no ménos que con lo profundo de vuestra ciencia hicisteis del modesto recinto clásico en donde dabais vuestras lecciones, ese santuario en donde resonaba la voz de la sabiduría que formaba de todos los niños que os habian confiado, florecientes semilleros de predestinados para el cielo!.... ¡Tambien lo habeis realizado vos, digno Rector de la Universidad de Paris, vos, que en el ejercicio del profesorado, cumplido con tanta gloria por el espacio de diez i seis años habeis escrito en todos los actos de la consagración mas heroica i en los días tan puros de vuestro apostolado (1) ofrecido a la educación de la juventud, esa entendida i concienzuda teoría de los deberes del profesor, ese excelente tratado de estudios, inimitable monumento de juicio i de discernimiento; en donde se encuentran depositadas las confianzas de la esperiencia, el secreto de los procedimientos ingeniosos de que hicisteis uso para llevar a los jóvenes por los caminos de la ciencia i de la felicidad!

Apartemos ahora nuestras miradas de esos inimitables modelos, i consideremos un profesor que sin ser impio ni libertino declarado, se ve atormentado por las dudas del filosofismo; que se manifiesta indiferente en orden a las prácticas de la religion, i que, en una palabra, careciendo totalmente de convicciones religiosas, no tiene cabida en los pormenores de su conducta, el acordarse de Dios, ni de las leyes austeras del cristianismo: podrá ser tal vez un brillante profesor; acaso poseerá perfectamente los secretos de la ciencia que está encargado de difundir; hablará el lenguaje de la erudición con aquellas heciberas palabras e imágenes pintorescas que tanto prestigio tienen, sobretudo, el día de hoy a los ojos de la juventud; ¿pero qué cuidados tomara este profesor en favor de tantas almas que se le han entregado sin defensa alguna?... ¿Qué lecciones de moral, qué inspiración delicada, qué aroma de virtud hará saltar de entre sus instrucciones profanas i de sus frases científicas emitidas con melodiosa cadencia?... No será de temer que acostumbrado a no ver en sus discípulos otra cosa que jóvenes llamados como él a lanzarse en el mundo para buscar fortuna i discurrir con agrado, se manifieste soberanamente descuidado por todo lo que tiene relacion con el bien de sus almas, por todo lo que puede esponder su inocencia i comprometer el porvenir de su vocación? ¿Qué le importan, por consiguiente, la atención moral de sus alumnos en la clase, las lecturas de novelas en que se ocuparán, las amistades peligrosas que contraerán seguramente, entre sí, si todo esto no les impide el cumplimiento de su deuda de tenas i versiones? ¿I a cuantos niños no será profundamente funesta una apatía tan cruel? ¿Que actitud tomará para paliar sus errores i sus dudas, cuando se vea obligado a hablar de ideas religiosas, bajo el supuesto de que no hai profesor que por la naturaleza de sus lecciones, no tenga necesidad de explicarse sobre esta importante materia, o por lo

(2) Rollin resaba todos los días el oficio divino, sin embargo de que era simple lego, i no estaba ligado por voto alguno.

racenos, de proferir algunas palabras. en las numerosas cuestiones que le estan relacionadas? ¿La continuacion de discursos vagos, de insidiosos rodeos, no dejará escapar finalmente su pensamiento secreto de deísmo o de escepticismo, siendo bastante este solo dardo para herir de muerte la fé de todos esos jóvenes alumnos católicos?....

Por otra parte; la idea sola de que este hombre que parece tan sabio, no ejerce práctica alguna de la religion, que jamas se le ve en las iglesias, que nunca se acerca al tribunal sagrado de la penitencia, i que por el contrario, se le encuentra hoy frecuentemente en los bailes, en los teatros i demas espectáculos, i en las risueñas reuniones mundanas; ¿no bastará para desviar a sus discípulos, de sus deberes de cristianos, i para suscitar en sus corazones, dudas de la naturaleza mas grave sobre la santidad i la necesidad de la religion en que tuvieron la dicha de nacer? Cuando se trata de los profesores, los alumnos tienen ojos tan perspicaces, hace tanta impresion sobre ellos cualquiera contrariedad, i es tan rigurosa i penetrante su lógica para deducir consecuencias tan decisivas en la práctica!.... ¡Oh padres de familia católicos! Os conjuro por la salud de las almas de vuestros hijos, por aquel amor sagrado que os hizo estrecharles sobre vuestros corazones con tan indefinible encanto, al experimentar su sonrisa por la primera vez, que os guardéis de poner en manos de semejantes maestros, en manos de alguno, pareciéndose a aquel cuyo carácter acabo de dibujar, esos dulces frutos de vuestra union, esas prendas benditas de vuestro feliz himeneo: no os dejéis engañar por el seductor lenguaje de esos hombres que permaneciendo escepticos e indiferentes en materia de religion, pretenden sin embargo, poder ejercer el destino de profesor sin peligro para la fé i las costumbres de los educandos, una vez que segun dicen ellos, limitan su ministerio a *instruir* i no aspiran a *educar*; que solo quieren ilustrar el espíritu sin tocar jamas al sentimiento religioso. No: un profesor no puede renunciar su influencia moral; *pues que ha sido puesto para la ruina o para la resurreccion de muchos* (1) i de la muerte a los niños sino los alimenta con la doctrina de la virtud: su vida es una leccion continua que les llama a Dios, a la piedad, o que les aparta de ellos, acaso para siempre, i a la manera del sacerdote, tiene en sus manos la felicidad o del infortunio, la vida o la muerte de sus educandos: ¡qué digo! su autoridad es a veces, mas grande, mas imponente que la del padre i aun que la del sacerdote, porque les habla con el poderosísimo atractivo del talento, de la erudicion i de la ciencia: i aun cuando los jovencitos de nuestros dias estén profundamente iniciados en las tradiciones de libertad e independencia que circulan por todas partes, el *magister dixit* continúa en todo su vigor, principalmente en el primer curso de estudios: todavía hoy, como en otro tiempo, muchos educandos son como los quieren sus maestros.

Debe igualmente notarse que el ascendiente que ejerce el profesor sobre esas almas flexibles como la cera blanca, no se efectúa en virtud de algunas lecciones aisladas i de ciertas impresiones fugaces, sino por medio del conjunto de conocimientos que se coordinan en el espíritu i depositan en él recuerdos indelebiles: agrégase a esto, que por efecto de la simpatía tan enérgica, sobretudo, en la naturaleza dilatada i comunicativa del niño, se arraigan en esta edad, sin percibirlo casi, las maneras de pensar, de obrar i de sentir propias de las personas con quienes se está en comunicacion habitual, i que tienen sobre los jóvenes la superioridad de la experiencia i del espíritu.

Examinando así las cosas de cerca, se encuentra la necesidad de reconocer francamente cuán deplorable es, i funesto a la sociedad, a la libertad lo mismo que a la religion, un monopolio que es in-

compatible con un verdadero sistema de educacion religiosa, i que obliga moralmente a los padres de familia a hacer educar sus hijos por hombres que no participan de sus creencias, habiendo un gran número de ellos que no pueden inspirarles entera confianza. Sin duda hay todavía en la Universidad, i yo me complazco en testificar este hecho, muchos profesores i funcionarios no solamente dignos de honor segun el mundo, sino sinceramente católicos que desempeñan su noble profesion con una consagracion sacerdotal. Es igualmente incontestable que forzada la Universidad a permitir que se propaguen en su seno toda especie de opiniones filosóficas i a admitir en su estensa jerarquía, maestros que practican la religion, i otros que no la practican absolutamente; no puede realizar ningun sistema de educacion que satisfaga con toda plenitud a los votos de los católicos, i que pueda continuar la obra de la educacion religiosa de sus hijos. Porque la educacion, aquella de que principalmente hablamos, supone doctrinas i convicciones comunes, esfuerzos que se dirijan a un mismo objeto, para hacer marchar hácia adelante, en el movimiento que se imprima a la juventud, la fé i la práctica, la enseñanza i las costumbres; ¿cómo podría existir esta admirable unidad en un cuerpo que haciendo profesion de representar el Estado, se vé en la forzosa obligacion de tolerar todos los cultos, todas las religiones, i no puede imponer ninguna, i a causa de su organizacion, se halla en la necesidad de dar a su enseñanza, lo mismo que a la educacion que dirige, un color enciclopédico, que permite a los profesores lo mismo que a los educandos todo género de doctrinas i de conducta que no estén en oposicion con la carta i las costumbres públicas?

Así no es una cosa rara encontrar profesores de la Universidad que cuando algunos padres de familia empeñados fuertemente en que se mantenga a sus hijos en la fé católica, i en las prácticas que ella ordena, les suplica que den a sus niños consejos i lecciones a este objeto, responden sin vacilar, que ellos se abstienen de hablar de religion en la clase, supuesto que se dirijen a educandos de diferentes cultos, i que no deben favorecer en su enseñanza, a una doctrina religiosa, en detrimento de otra; tal es absolutamente la respuesta de Mr. Quinet: «¿Cuál es, pregunta el famoso profesor del colegio de Francia, el derecho de discusion i de examen en la enseñanza pública, segun el espíritu de las nuevas instituciones? I para hablar en términos mas precisos; ¿un hombre que enseña aquí *públicamente en nombre del Estado* delante de hombres de diferentes creencias, estará obligado a confiarse a la letra de una comunión particular, a guiarse en todas sus inquisiciones por aquel espíritu esclusivo de no dejar ver cosa alguna que pudiera separarlo de ella ni por un momento?» I responde, como era de esperarse negativamente; i esta respuesta se halla en concordancia con los principios actuales de la Universidad. Mas, en semejante estado de cosas, podrá permanecer tranquila la conciencia de los padres de familia de que hablamos? Ah! toda su ternura, toda su razon se sublevaría si se les quisiese obligar de cualquier modo a introducir en su casa un sirviente que no fuese de su religion, i cuyos ejemplos impidiesen a sus hijos entregarse a sus deberes de piedad. ¿I no se indignarían en vista de una organizacion que les impone la violencia moral de sujetar el espíritu i el alma de estos mismos hijos a disposicion de hombres de bien distinta influencia, aun en razon de su alta posicion social, que pueden practicar todas las religiones que quieran, i que tienen tambien el derecho de no profesar ninguna? No: solo la libertad de enseñanza puede hacer desaparecer semejantes anomalías, tan absurdas contradicciones i un sistema que puede i debe tener las mas funestas consecuencias para la familia, para la sociedad, i para la religion.

(1) Luc. 2. v. 34.